

Título do capítulo

CAPÍTULO 13

LOS CONTEXTOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS PARA LA
INTEGRACIÓN SURAMERICANA

Autores (as)

Juan Carlos Gómez Leyton

Título do livro

**PERSPECTIVAS PARA LA INTEGRACIÓN DE
AMÉRICA LATINA**

Organizadores (as)

Walter Antonio Desiderá Neto
Rodrigo Alves Teixeira

Cidade

Brasília

Editora

Ipea
CAF

Ano

2012

Edição

ISBN

978-85-7811-155-7

© Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada – **ipea** 2012

As publicações do Ipea estão disponíveis para *download* gratuito nos formatos PDF (todas) e EPUB (livros e periódicos). Acesse: <http://www.ipea.gov.br/porta/publicacoes>

As opiniões emitidas nesta publicação são de exclusiva e inteira responsabilidade dos autores, não exprimindo, necessariamente, o ponto de vista do Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada ou do Ministério do Planejamento, Desenvolvimento e Gestão.

É permitida a reprodução deste texto e dos dados nele contidos, desde que citada a fonte. Reproduções para fins comerciais são proibidas.

LOS CONTEXTOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS PARA LA INTEGRACIÓN SURAMERICANA

Juan Carlos Gómez Leyton*

1 PRESENTACIÓN¹

Las sociedades latinoamericanas y caribeñas, en general, y las suramericanas, en particular, han estado sometidas a un profundo proceso de cambios políticos, sociales, económicos, culturales e ideológicos, que han puesto en cuestión no sólo los fundamentos mismos del proyecto moderno levantado en occidente por el capitalismo, sino también, y fundamentalmente, los del proyecto capitalista neoliberal vigente en los últimas tres décadas (1980-2010). En efecto, durante las últimas décadas las ciencias sociales y especialmente la sociología crítica, así como también la teoría política, han estado debatiendo el carácter de esos cambios y han intentado captar y conceptualizar la reconfiguración del orden social y político regional. Algunos autores han puesto énfasis en la apertura del proyecto humano en medio de nuevas contingencias, complejidades e incertidumbres, a través del término operativo “posmodernidad”, “modernidad tardía”, “pos-industrialismo” “era global” o “modernidad reflexiva”. Otros han dado mayor importancia a las nuevas formas de identidad y sociabilidad, a la individualización y la cultura política, y a la constelación cosmopolita. Al mismo tiempo, en la región suramericana, en relación a los procesos de cambios de la última década, se está buscando social, política y culturalmente, otra modernidad, que se expresa, por ejemplo, en los planteos del “buen vivir” (Senplades, 2010) contruidos en los países andinos (especialmente en Ecuador y Bolivia), los cuales redefinen las formas de hacer la política exterior a través de la “diplomacia de los pueblos” (Díaz, 2010). No obstante los puntos de controversia entre estas perspectivas, todos están de acuerdo en que en las décadas venideras nos enfrentaremos a profundas contradicciones y paradojas desconcertantes, y en que experimentaremos esperanzas envueltas en desesperación. Lo que ocurre es que las y los sujetos del siglo

* Investigador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT-Chile).

1. Agradezco a Adriana Cadena, colombiana, por su infinita paciencia para motivar, una y otra vez, la revisión de la primera versión de este artículo. A mi asistente de investigación Zulema Lara Escalante, mexicana, por ayudarme en la edición final del mismo. A los editores de Ipea, brasileños, por aceptar publicar un texto tan distante a la forma de producir conocimiento y reflexión sobre Nuestra América, como decía el cubano, José Martí. En fin, este trabajo es un producto de la integración cultural y académica. Las ideas vertidas en él, son de responsabilidad académica y política exclusiva de su autor, no comprometen a Ipea, ni al grupo de trabajo de la Redeintersul.

XXI estamos asistiendo a un cambio histórico semejante al experimentado por los hombres y mujeres en el siglo XVI, durante el Renacimiento; o a lo ocurrido con la revolución industrial en el siglo XVIII; o en los “años locos” de las primeras décadas del siglo XX. Esto ha llevado a determinados autores, a sostener que estos procesos de transformación histórica constituyen, nada menos, que el “fin de la historia”.² Para nosotros, en cambio, se trata del desarrollo de una nueva revolución capitalista, que revoluciona la historia.

En verdad, esta tesis del “fin de la historia” no resiste mayor análisis. En la historia, lo que concluye son las determinadas fases o etapas históricas. Ésta llegará a su fin sólo y cuando, desaparezcan de ella sus protagonistas y constructores, es decir, los hombres, las mujeres, los niños y las niñas y/o su base material, es decir, la naturaleza, en términos actuales, el planeta. El hecho de que los cambios experimentados en los últimos treinta años hayan transformado el transcurso histórico del desarrollo capitalista tanto a nivel mundial como regional, no constituye el fin de la historia, sino una nueva fase revolucionaria del mismo. Si la frase de Marx, “todo lo sólido se desvaneció en el aire” sintetiza las transformaciones experimentadas por las sociedades europeas entre los siglos XVI-XVIII; la actual fase histórica puede sintetizarse, parafraseando el título de la novela del escritor latinoamericano Ciro Alegría: el mundo de hoy ya no “es ancho ni ajeno”.

De acuerdo con Terry Eagleton (2011), Carlos Marx tenía razón (en su infinita capacidad analítica de la historia y del capitalismo) cuando señalaba que uno de los rasgos característicos de la burguesía capitalista es su capacidad para revolucionar permanentemente la historia. Recordemos que la burguesía, según Engels, “el gran capital”, se constituye en la clase dominante al interior de la sociedad capitalista (la sociedad moderna) como agente de una serie de transformaciones, que impulsa tanto en el modo de producción como en los medios de transporte y de comunicación. Según Marx y Engels:

En todas partes donde ha llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las condiciones [anteriormente establecidas]...La explotación enmascarada con ilusiones religiosas y políticas la ha sustituido por la explotación abierta, descarada, directa y brutal. Ha despojado de su aureola a todas las actividades hasta entonces respetadas y consideradas con piadosa veneración....Ha arrancado a las relaciones familiares su velo de dulce sentimentalidad y las ha reducido a simples relaciones de dinero... El trastorno continuo de la producción, la conmoción interrumpida de todas las condiciones sociales, la inseguridad y la agitación, distinguen a la época burguesa de todas las épocas anteriores. Todas las relaciones sociales bien establecidas e inmutables en

2. Ésta fue la hipótesis planteada por el asesor del Estado estadounidense Francis Fukuyama en su libro *El Fin de la Historia y el último hombre*. Diversos autores criticaron amplia y profundamente la tesis central de Fukuyama que señalaba el triunfo del capitalismo y de la democracia liberal por sobre el socialismo u otras formas alternativas. Uno de los principales críticos fue el historiador catalán Josep Fontana, quien ha refutado dicho planteamiento en el libro *La Historia después del Fin de la Historia*.

su enmohecimiento...son disueltas; y todas las relaciones nuevamente establecidas caducan antes de haber podido tomar consistencia. Todo lo que era privilegiado y estable se esfuma, todo lo que era sagrado es profanado, y los hombres se ven forzados, en fin de cuentas, a considerar con ojos desengañados las condiciones de su existencia y sus relaciones recíprocas. (Cita libre del Manifiesto Comunista).

Por esta razón, la modernidad capitalista no ha dejado de revolucionar la historia. Se trata de la revolución permanente capitalista. En esta condición se encuentra, tal vez, la explicación de por qué el modo de producción capitalista se mantiene aún a pesar de sus crisis recurrentes y de los diversos ataques y resistencias que ha debido soportar a lo largo de su historia. Revolucionaria, en fin, emancipadora y progresista ha sido la burguesía capitalista, porque ha debido romper con las diversas cadenas que han buscado controlar, frenar o regular su movimiento. El capital no ha soportado nunca las fronteras ni las limitaciones a su quehacer; pero, al mismo tiempo, ha sido una poderosa limitación y una frontera para la configuración de un orden político, social o económico alternativo. En su fase constituyente, el capital tuvo que romper los estrechos marcos de los espacios feudales para potenciar el desarrollo del mercado interno, en la dirección de configurar la unidad nacional del capitalismo. Actualmente, asistimos a una nueva ruptura, pues el capitalismo ha buscado romper con los estrechos marcos nacionales, a través del proceso de globalización o mundialización. Para tales efectos, intenta despotenciar el capitalismo nacional, transformando o modificando la forma estatal, el Estado-nación así como el mercado regulado y centrado en el espacio nacional. Desde hace tres décadas asistimos, siguiendo, a Karl Polanyi, a una segunda “gran transformación”: la instalación global del mercado.

Esta dimensión nos parece central no sólo para comprender la constitución, desenvolvimiento y contradicciones del nuevo patrón de acumulación capitalista, sino también, de una nueva formación social y política. El cúmulo de transformaciones económicas, financieras y tecnológicas como las diversas consecuencias que ha provocado en la vida de los seres humanos, sociedades y, especialmente, en la naturaleza, ha dado lugar a la sociedad del riesgo (Beck, 1998).

Por otro lado, la configuración de una nueva estructura de poder y de dominación capitalista a nivel mundial ha provocado la crisis de las relaciones de poder sobre las cuales se construyeron las distintas formas de Estado predominantes durante la segunda post-guerra: el Estado del bienestar, en sus distintas modalidades, ya sea en el capitalismo central como en el periférico. La crisis de esta forma estatal ha implicado, al mismo tiempo, la crisis de los regímenes políticos que le acompañaron, esto es, la democracia liberal representativa o la social democracia. La democracia liberal, que en opinión de Francis Fukuyama (1991) habría triunfado a nivel mundial de manera conjunta con el capitalismo librecambista, en las últimas décadas experimenta un proceso político de agotamiento. Nuevas formas

de pensar y hacer la democracia surgen tanto en el capitalismo central como en el periférico. La democracia posliberal se impone en América Latina del Sur, tanto en su perspectiva conservadora como progresista. Entre las democracias posliberales de carácter conservador podemos nombrar las democracias neoliberales chilena, uruguaya, brasileña, argentina, peruana como también las democracias autoritarias neoliberales colombiana y paraguaya; mientras que la democracia social participativa, o sea, aquéllas que se ubican en la perspectiva posliberal progresista, la encontramos en los procesos políticos de Venezuela, Bolivia y Ecuador.³

Estas transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales, experimentadas por las sociedades capitalistas centrales y periféricas han sido interpretadas por algunos analistas como la crisis terminal de “la modernidad capitalista”. Carlos Antonio Aguirre Rojas, discípulo destacado de Immanuel Wallerstein, plantea al respecto que: “después de cinco siglos de existencia la modernidad capitalista parece por fin estar llegando al final de su ciclo de vida histórica general” (Aguirre Rojas, 2005, p. 22). Para Aguirre Rojas, la situación actual del capitalismo, más que una nueva fase revolucionaria, expresada en la globalización del patrón de acumulación neoliberal, como es nuestra opinión, es su fin. Este postulado constituye la versión marxista del “fin de la historia”.

Estos planteos más que confirmar la tesis del “fin de la historia”, dan cuenta de la crisis tanto del proyecto moderno capitalista como del socialista, contruidos durante el siglo XX.⁴ Esta afirmación sostiene que la crisis histórica, que experimenta el capitalismo nacional (en su versión keynesiana-fordista), tanto central como periférica desde la década del sesenta, la crisis de stangflación o de acumulación, profundizada por la crisis petrolera de 1973 y 1975, fue resuelta, por las fuerzas del capital, a través del proceso de globalización o mundialización centrado en el libre mercado. Mientras que la crisis económica de la modernidad socialista, centrada en la industrialización estatista sin mercado como fue desplegada e implementada en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y en los países socialistas del este europeo, no tuvo una salida revolucionaria semejante a la desarrollada por el capitalismo, derrumbándose de manera integral a comienzos de la década del noventa del siglo pasado.⁵ La modernidad socialista se derrumbó estrepitosamente porque las sociedades socialistas, o mejor dicho sus dirigentes políticos, no fueron capaces, ni en su momento ni a lo largo de su corta historia, de auto-transformarse, en otras palabras, de auto-revolucionarse. Cambiar para

3. Sobre la democracia posliberal se puede consultar a Benjamín Arditi (2005); José Félix Tezanos (2002) entre otros.

4. Sobre la formas de modernidad durante el siglo XX, ver Eric Hobsbawn (1998), Giovanni Arrighi (1999) y Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver (1999).

5. Sobre el derrumbe de la URSS y el socialismo real de los países de Europa del Este puede consultarse: Colectivo de Autores (1996).

perdurar, como en la novela de Lampedusa *El gatopardo*,⁶ donde se impone el cambio como una estrategia de conservación; en el capitalismo, la burguesía o el capital cambia revolucionando todo. Es lo que denomino la “revolución permanente” del capital. De esta forma, ha logrado mantener inalterable el mecanismo interno de su funcionamiento: el afán de lucro, de ganancia y de acumulación, a través de la explotación tanto humana como material de la naturaleza.

La revolución permanente capitalista o el transformismo, han sido plenamente exitosos para el proceso de acumulación y expansión del capital. Sin embargo, esta forma de cambiar ha implicado modificar aspectos sustantivos del proyecto moderno. En efecto, son las externalidades del capitalismo los que han cambiado en los últimos seis lustros. Estamos asistiendo a la configuración de una nueva forma de capitalismo; un nuevo tipo de economía, un nuevo orden político global, una nueva forma de sociedad y de vida personal, las cuales difieren de las fases anteriores del capitalismo. Sin embargo, el núcleo interno del capitalismo es el mismo. Éste no ha cambiado, son las formas las que cambian. Por ello, nuevas formas sociales, nuevas fuerzas sociales y políticas, nuevos conflictos, nuevas desigualdades, emergen por doquier.

Para analizar el entorno en el cual se presenta la situación política de las sociedades latinoamericanas en la actualidad, considero que es necesario entrar por el proceso general para luego analizar la situación particular de la región suramericana. Son los procesos económicos y políticos generados tanto por la globalización capitalista como por la constitución de la sociedad del riesgo, los que imponen restricciones y obstáculos para los procesos de integración regional.

La integración política, social y económica regional se ha levantado como una forma de resistencia y de contención a la integración capitalista que se impone desde los productores de la globalización central. Las sociedades suramericanas, en particular, y de América Latina y el Caribe, en general, son receptoras de la globalización central. Por lo tanto, se trata de una relación asimétrica en todos los aspectos. La condición de “receptoras” hace que estas sociedades sean extremadamente débiles y, sobre todo, claramente limitadas políticamente para impulsar formas de integración económica o política de carácter independiente y autónomo en relación, por ejemplo, a la utilización soberana de los recursos naturales agrarios o mineros. En esta dirección, la propuesta del ALBA o de la Diplomacia de los Pueblos, realizada por la República Bolivariana de Venezuela y por el Gobierno del Presidente Evo Morales, respectivamente, son vistas y analizadas como una amenaza para la integración mercantil planteada, en su momento, por el gobierno estadounidense, a través del ALCA, y actualmente, por los Tratados de Libre Comercio (TLC); como también, para las formas de integración mercantiles como el MERCOSUR u otras de esta misma orientación.

6. Una edición de esta novela es de Editorial Portada, Santiago de Chile, 1985.

Teniendo en cuenta todos los aspectos señalados en esta introducción voy a analizar en este artículo la idea de que el mundo para América Latina y el Caribe, en general, y a nivel suramericano, en particular, se ha reducido, estrechado, en virtud de una pluralidad de contactos comerciales y financieros con el capitalismo globalizado, a través de la metáfora “el mundo ya no es ancho ni ajeno”, como una forma de referirme a los distintos desafíos políticos que impone el capitalismo neoliberal global, en cuanto éste es una amenaza que está devastando el planeta.

2 “EL MUNDO YA NO ES ANCHO Y NI AJENO”

El escritor Ciro Alegría, a fines de la década de los años cincuenta, tituló a su nueva novela con el sugerente nombre *El mundo es ancho y ajeno*.⁷ Con él buscaba, tal vez, reflejar las enormes distancias que separaban a la región latinoamericana con el resto del mundo, especialmente con el mundo europeo, donde supuestamente se encontraba la civilización moderna con su progreso técnico, científico y cultural. Sin embargo, a pesar de los avances en los medios de comunicación, del telégrafo, del ferrocarril, de la navegación a vapor y de la aviación, no sólo América Latina sino el mundo durante el siglo XX, fue ancho y ajeno para la mayoría de sus habitantes.

En los últimos 30 años del siglo XX todo aquello cambió radicalmente. Hoy con un simple ordenador personal podemos, desde nuestra casa ubicada en cualquier lugar del planeta, comunicarnos en forma instantánea vía internet con cualquier otro lugar del mundo, traspasando las fronteras geográficas y políticas con inusitada rapidez. A tal punto, que noticias como el atentado de las torres World Trade Center en New York ocurrido el 11 de setiembre de 2001, o el inicio de la Guerra Preventiva, en marzo de 2003, dieron la vuelta al mundo no en ochenta días como en la novela de Julio Verne, sino en menos de un minuto. Agréguese a esto, que gran parte de la población mundial pudo ver dichos acontecimientos en “vivo y en directo” a través de millones de aparatos de televisión en los cinco continentes. El mundo ya no es lejano ni ajeno. Todo lo contrario, el mundo nos agobia con su presencia permanente, las 24 horas del día.

Somos testigos de la revolución de las comunicaciones y de la información, las cuales constituyen la columna vertebral del actual proceso de globalización. Las distancias se han acortado considerablemente; los espacios geográficos se han reducido; el espacio virtual nos comunica, nos acerca, nos pone en contacto con lo lejano, con lo distinto, con lo desconocido, nos aterra.⁸ Si algo ha llegado a su fin es, en realidad, la concepción virtual, de la geografía moderna.

7. Véase la novela *El mundo es ancho y ajeno*, Editorial Ayacucho, Caracas, 1978.

8. Como una referencia a los problemas de la globalización puede consultarse a Anthony Giddens (1995), David Held y otros (2001).

No sólo la concepción virtual de la geografía moderna se ha modificado por la revolución comunicativa, sino también se ha transformado la concepción moderna del tiempo, pues éste se ha acelerado, se ha vuelto vertiginoso. La secuencia temporal con la que hemos crecido, de pasado, presente y futuro, ha sido destruida; lo instantáneo ha borrado las fronteras entre ellos. El tiempo lineal, irreversible y predecible, el tiempo reloj, tan propio del capitalismo industrial, se está haciendo pedazos. La transformación es profunda: es la mezcla de los tiempos. Se constituye, según Castells (2002), un tiempo (universo) eterno, no autoexpansivo, sino autosostenido, no cíclico sino aleatorio, no recurrente sino incurrente, se trata del tiempo atemporal, utilizando la tecnología para escapar de los contextos de su existencia y apropiarse selectivamente de cualquier valor que cada contexto pueda ofrecer al presente eterno. Por eso es, que el filósofo francés Jean Baudrillard (1972) ha sostenido que “el futuro ya ha llegado” y que sólo vivimos en un eterno presente.

La des-construcción de las coordenadas temporales centrales de la concepción moderna de la historia, implica vivir en un presente eterno, sin posibilidades de construcción de futuro. El futuro, entendido como la construcción utópica, como proyecto a construir, no tiene sentido para las actuales generaciones, pues éste ya llegó con el triunfo mundial (global) del capitalismo y de la democracia neoliberal. Sin embargo, en la primera década del siglo XXI este triunfo ha sido profundamente cuestionado, pues la historia se ha manifestado a través de nuevas revoluciones, revueltas y conflictos ciudadanos, en todo el orbe.

La actual transformación del tiempo, es decir, de la historia, bajo el paradigma de la tecnología de la información, es uno de los cimientos de la nueva sociedad en la que hemos entrado, conectado de forma inextricable con el surgimiento del espacio de los flujos.

De manera que, la globalización implica el desarrollo, por un lado, de un nuevo concepto de temporalidad, *el tiempo atemporal*. Y, por otro, *el espacio de los flujos*. Ello no quiere decir que el tiempo reloj o las distancias reales hayan desaparecido, sino que el tiempo atemporal y los espacios de los flujos, son las coordenadas dominantes en la globalización.

La globalización (mundialización) posee un movimiento que la caracteriza: la circulación del capital a escala global. En la conferencia referida a la dimensión económica de la globalización, por primera vez en la historia, ha surgido un mercado de capital unificado y global, *que funciona en tiempo real*. En otras palabras, el capital circula el globo terráqueo en distintas direcciones a gran velocidad, se traslada en horas, minutos, y, algunas veces, segundos.

Favorecidos por la desregulación, la ausencia de intermediarios y la apertura de los mercados financieros internos, potentes programas informáticos y analistas

financieros de la informática, sentados en los nodos globales de una red de telecomunicaciones selectiva, realizan enormes inversiones financieras. Según Castells, éstos son jugadores en un Casino Global, un casino electrónico del capital globalizado. Como cualquier casino tradicional, en él sólo participan aquéllos que cuentan con el respaldo financiero necesario. El número de jugadores no sobrepasa los cincuenta. Todos juegan contra el tiempo.

En efecto, el tiempo es crucial para que el conjunto del sistema obtenga beneficios. Es la velocidad de la transacción, a veces programada de forma automática en el ordenador, para tomar decisiones casi inmediatas, la que genera la ganancia o la pérdida. Pero es también la circularidad temporal del proceso, una secuencia incesante de compra y venta, la que caracteriza al sistema. Se trata del *mall* global.⁹

El tiempo del capital global, en el *mall* financiero mundial, es uno solo. Londres, Nueva York y Tokio son los lugares que fijan el tiempo de las transacciones financieras. Además, un número significativo y creciente de esas transacciones se basa en realizar valor por la captura del tiempo futuro en las transacciones presentes, como es el caso de los futuros, opciones y otros mercados derivados. Por lo tanto, el capital no sólo comprime el tiempo: lo absorbe y vive de él (esto es, genera renta), de sus segundos y años digeridos. La aniquilación y manipulación del tiempo por los mercados de capital globales, gestionados electrónicamente, son el origen de las nuevas formas de las crisis económicas devastadoras que se avecinan en el siglo XXI.

La compresión del tiempo y del espacio supone la compresión de la historia. Ya no es posible identificar distintos desarrollos históricos esparcidos por el orbe. La multiplicidad histórica se ve reducida a una sola, la historia del capital liberado globalizado. Es el triunfo del capitalismo a nivel mundial. Por primera vez, la historia es mundial, puesto que intenta abarcar a todos los pueblos, naciones y Estados de los cinco continentes. Por eso, la guerra contra Irak también es contra toda la humanidad o, digamos, tal como afirman Antonio Negri y Michael Hardt (2000), es una guerra del Imperio contra la multitud.

El mundo se unifica velozmente al compás de una portentosa fuerza económica que no reconoce fronteras; que produce cosas cada vez más pequeñas en lugares cada vez más diversos, que se mueve con independencia de la territorialidad física y difícilmente se asienta nacionalmente. Es la destrucción del Estado-Nación. Estamos frente al fin de las fronteras, como límites políticos y económicos del capitalismo nacional. Se requiere una nueva forma de pensar las fronteras políticas.

9. *Mall*: supermercado global.

La globalización es, primero y, sobre todo, un enunciado referido a los ritmos y características de la acumulación capitalista. Se trata de la interdependencia y de la imbricación cada vez más estrecha de las economías de numerosos países, especialmente del sector financiero, ya que la libertad de circulación de flujos financieros es total y hace que este sector domine, muy ampliamente, a la esfera económica.

En esa dirección, la globalización reconoce la primacía del mercado mundial sobre otros órdenes socio-territoriales de expresión del capital nacional. Por eso, ella no apunta a conquistar los países, sino los mercados y recursos naturales. De allí, que sea un proceso dinámico que necesita de creciente libertad e integración mundial de los mercados de capitales, tecnología, bienes, servicios y trabajo. Su gran aspiración es transformar y hacer funcionar al mundo como un mercado total.

El principal espacio de gestión económica de la acumulación de capital coincidió con las dimensiones políticas y sociales del Estado nacional. En este espacio es donde el capital nacional se desarrolló. Los procesos de industrialización nacionales fueron la tónica, por ejemplo, de los países suramericanos. Sin embargo, el patrón neoliberal de acumulación, a excepción de Brasil, ha acabado con esa coincidencia de espacios.

Una nueva contradicción caracteriza el capitalismo mundial: por un lado, los centros de gravedad de las fuerzas económicas, que gobiernan la acumulación, han atravesado las fronteras de los Estados nacionales; por otro, no existe a nivel mundial un marco o estructura política, social, ideológica y cultural que pueda dotar de coherencia a la gestión global del sistema. Por lo tanto, en lo que respecta a la dimensión política de la gestión globalizadora, ésta consiste en intentar suprimir el segundo término de la contradicción, el Estado, con el objeto de imponer la gestión de la sociedad por el “mercado” como única regla. Las ideologías y prácticas antiestatistas radicales forman parte de dicha lógica.

Si bien, a la globalización se la presenta como algo nuevo en la historia, en realidad, no lo es. En efecto, este proceso viene desarrollándose paulatinamente desde años atrás, algunos autores sitúan su inicio en la década del cincuenta, otros en la del ochenta. Más allá del punto de arranque del proceso de globalización, lo cierto es que ella responde a las condiciones económicas legadas por las “décadas de crecimiento” de la década del cincuenta y sesenta y, fundamentalmente, por la crisis de stangflación de mediados de la década del setenta del siglo XX. En consecuencia, la globalización es y debe ser considerada, como parte del proceso de reproductibilidad del modo de producción capitalista. En ese sentido, constituye una fase más del capitalismo.

A lo largo de su historia, el capitalismo ha pasado por diferentes fases expansivas y de crecimiento tanto interno como externo. Recordemos que una de las virtudes del capitalismo, advertida tempranamente por su principal analista y crítico, Carlos Marx, es la capacidad del capital de revolucionar la historia. De allí que sea correcto, señalar que estamos en presencia de una cuarta revolución capitalista.¹⁰

La fase revolucionaria más reciente es la actual globalización o mundialización de la economía capitalista de mercado, cuya expansión se manifiesta a partir de la década del ochenta del siglo pasado. Este proceso supone:

- a) nuevas formas de organización social y política que vayan más allá del Estado-Nación, un nuevo requisito del sistema globalizado de producción;
- b) relaciones políticas y económicas capaces de reconciliar el auge de la industrialización en las nuevas zonas periféricas competitivas de Asia y América Latina con el objetivo del crecimiento;
- c) una fase de extracción agrario-minero; y
- d) una relación que no sea excluyente con la periferia africana, que no está implicada en modo alguno en una industrialización.

Ahora bien, el predominio de la sociedad del riesgo neoliberal global no debe impedirnos pensar en escenarios alternativos para un “nuevo orden político mundial”, si bien es cierto que existen muchos y diferentes “órdenes mundiales” posibles. Con todo, el actual sistema económico mundial posee tres rasgos novedosos, a saber:

10. Las tres grandes fases revolucionarias por las que ha transitado el capitalismo han sido: 1) La forma Mercantilista (1500-1800), previa a la primera revolución industrial y moldeada por la hegemonía del capital mercantil en los centros atlánticos dominantes, así como por la creación de zonas periféricas (América) cuya función presuponia su total aceptación de la lógica de acumulación del capital. 2) El denominado modelo clásico, surgido de la revolución industrial, que definió a partir de entonces las formas básicas del capitalismo. Por su parte, las periferias (a América Latina se agregaron progresivamente toda Asia, excepto Japón, y África) siguieron siendo rurales, no industrializadas, y su participación en la división internacional del trabajo se produjo a través de la agricultura y la producción mineral. Este rasgo de polarización estuvo acompañado de otro no menos importante: la cristalización y establecimiento de sistemas netamente industriales como sistemas nacionales auto-centrados, acaecido en paralelo a la construcción de los Estados nacionales. Esta forma caracterizó el sistema mundial desde la revolución industrial, es decir, después de 1800 hasta la Segunda Guerra Mundial. Cabe señalar, que durante la vigencia de este modelo, se dio entre 1870 y 1914 un proceso de expansión capitalista tan intenso como devastador, que fue considerado por los teóricos como la fase superior del capitalismo, nos referimos, al *imperialismo*. 3) El período de posguerra (1945-1980) supone la progresiva erosión de las dos características que acabamos de mencionar. Durante él se produjo la industrialización de las periferias, un proceso obviamente desigual e inacabado que resultó el factor dominante en algunos países de América Latina y, también de Asia. En estos años se produjo el espectacular crecimiento de las economías capitalistas industriales centrales (1945-1975), se trata de los 30 años gloriosos del crecimiento económico. Como todo ciclo sistémico de acumulación terminó en una crisis, que a diferencia de las anteriores crisis capitalistas de sobreproducción, la de la década del setenta es de estancamiento del crecimiento con inflación, un nuevo tipo de crisis económica. Simultáneamente, ocurrió el progresivo desmantelamiento de los sistemas de producción nacional autocentrados y su recomposición como elementos constitutivos de un sistema integrado de producción mundial. Esta doble erosión supuso una nueva manifestación de la profundización de la globalización.

- a) La erosión del Estado-nación centrado en sí mismo y la consiguiente desaparición del vínculo entre la esfera de la reproducción y la de la acumulación, que acompaña al debilitamiento del control público y social, que hasta el momento había sido determinado precisamente por las fronteras de ese Estado-nación auto centrado;
- b) La erosión de la gran fractura entre un centro industrializado y las regiones periféricas no industrializadas, es paralela a la emergencia de nuevas dimensiones de polarización.
- c) La posición de un país en la jerarquía global viene definida por su capacidad para competir en el mercado mundial. Aceptar esa evidencia no supone en modo alguno compartir la opinión del economista neoliberal, que considera que dicha posición se debe al resultado de adoptar medidas racionales, racionalidad medida a partir de las denominadas “leyes objetivas del mercado”. Por el contrario, estimo que dicha competitividad es un producto complejo en el que confluyen múltiples factores económicos, políticos y sociales.

En esta lucha desigual, los centros capitalistas usan sus “cinco monopolios”, que constituyen los elementos centrales de la desigualdad de la globalización. Éstos son:

*Monopolio tecnológico: requiere gastos enormes, que sólo una forma política organizada por sobre lo nacional, puede afrontar.¹¹ Sin el apoyo estatal, en particular a través de la inversión y gasto militar (algo que el discurso neoliberal no menciona), la mayor parte de esos monopolios no podría perdurar.

*Control de los mercados financieros mundiales: Dichos monopolios poseen una eficacia sin precedentes, merced a la liberalización de las normas y reglas que gobiernan su establecimiento. Hasta hace poco, la mayor parte de los ahorros de una nación sólo podía circular dentro del ámbito, en gran medida nacional, de sus instituciones financieras. En la actualidad, estos ahorros se gestionan de manera centralizada por instituciones cuyas operaciones tienen un alcance mundial. Hablamos de capital financiero, es decir, del componente más mundializado del capital. La globalización financiera, lejos de ser un proceso “natural”, resulta ser extremadamente frágil. A corto plazo, sólo conduce a una inestabilidad permanente y no a la estabilidad necesaria para la actuación eficiente de los procesos de ajuste.

*Acceso monopolista a los recursos naturales del planeta: Los peligros de la explotación indiscriminada de esos recursos adquieren ahora naturaleza planetaria. El capitalismo, basado en una racionalidad a corto plazo, no puede superar los peligros que conlleva ese comportamiento imprudente e indiscriminado, por lo que acaba reforzando los monopolios de los países ya desarrollados. La publicitaria preocupación medioambiental de estos países se limita a no permitir que otros sean tan irresponsables como ellos.

11. Se hace referencia a comunidades estatales unidas, o lo que Negri y Hardt llaman imperio.

*Monopolio de los medios de comunicación: Dicho monopolio no sólo lleva a la uniformidad cultural, sino que abre la puerta a nuevos medios de manipulación política. La expansión del mercado moderno de los medios de comunicación constituye uno de los principales componentes de la erosión de las prácticas democráticas en el propio Occidente.

*Monopolio de las armas de destrucción masiva: Desafiado y mantenido a raya a merced de la bipolaridad de posguerra, el monopolio es una vez más, como sucedió en 1945, posesión exclusiva de Estados Unidos. Aunque corre el peligro de que la proliferación nuclear se des controle, ésta constituye, en ausencia de un control democrático internacional, la única forma de luchar contra ese inaceptable monopolio estadounidense.

Estos cinco monopolios, en su conjunto, definen el marco en el que opera la ley del valor globalizada. La ley del valor es la expresión abreviada de todas estas condiciones y no la de una racionalidad económica “pura” y objetiva. El resultado final es una nueva jerarquía, más desigual que las anteriores, en la distribución de los ingresos a escala mundial, que subordina las economías de las periferias y las reduce a la categoría de subcontratadas, sobre explotadas, extorsionadas y redimensionando su condición extractivista. Éste es el nuevo fundamento de la polarización, que será presagio de múltiples conflictos en el futuro. Vale preguntarse, entonces, cómo será el proceso de integración regional a este mundo menos ancho y ajeno.

3 LAS “CONEXIONES O INTEGRACIONES” DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE CON EL MUNDO¹²

3.1 Primera conexión

Siendo rigurosos, la historia de las formas de integración interna entre los pueblos de América, fundamentalmente, se inicia mucho antes de la llegada de los europeos en 1492. En dos zonas del hemisferio (Mesoamérica y la subregión andina) se desarrollaron civilizaciones urbanas avanzadas, con estructuras sociales y políticas complejas. En ambas áreas, el tránsito de la etapa preurbana a la civilización se efectuó durante largos procesos temporales. Para el siglo XIII de nuestra era, las organizaciones estatales y militares que regían tanto en Mesoamérica como en la Zona Andina suramericana, impulsaron diversas formas de integración compulsivas de amplias zonas territoriales. Unidas, fundamentalmente, a través de los procesos de comercialización, como los de explotación minera y agraria. Modalidades políticas se imponían en ambas zonas geográficas. En la primera, existió durante largo tiempo un pluralismo de centros de poder político que rivalizaban entre ellos, y sólo en el último siglo antes de la conquista española, surgió un verdadero imperio basado en la hegemonía de la ciudad-Estado azteca de Tenochtitlán sobre los demás centros políticos.

12. Para la elaboración de este apartado hemos seguido a Demetrio Boersner (2006) y Oscar Ugarteche (1997).

En cambio, en los Andes, el imperio incaico fue más orgánico y armónico, y se extendió desde zonas geográficas de Colombia hasta actuales territorios chilenos, desde el siglo XIII hasta comienzos del siglo XVI. Mientras en Mesoamérica (zona de relativa escasez de recursos alimentarios) existió una dura explotación de unos grupos humanos por otros, al mismo tiempo se incentivó la comercialización (intercambio) de productos desde distintas regiones, dando origen al mercado prehispánico azteca y a las relaciones mercantiles de larga distancia. El imperio incaico, fundamentado en la abundancia y en magníficos sistemas de riego, se caracterizó por la solidaridad, la distribución de los bienes, la justicia social y la ausencia de mercado.

La presencia española y portuguesa en América quebró ambas formas políticas y des-estructuró las formas económicas y las relaciones comerciales practicadas entre los diversos pueblos que conformaban e integraban dichos órdenes sociales y políticos. Si bien, la invasión hispánica-lusitana formó parte de un vasto proceso histórico europeo, esencialmente, el de la transición del feudalismo al capitalismo. Las dos naciones ibéricas no vivieron ese proceso revolucionario en todas sus dimensiones. Impusieron en los nuevos territorios estructuras más bien medievales que modernas y, por ello en sus colonias americanas se instaló un sistema social pre-capitalista y jerárquico de carácter señorial.

Durante los siglos coloniales así como a inicios del siglo XIX, los imperios ibéricos debieron defenderse de la presencia de las nuevas potencias protocapitalistas que habían emergido en la *economía-mundo europea* e iniciaban su proceso de expansión mercantil: Francia, Holanda e Inglaterra. Ellas, muy pronto, concibieron la ambición de intervenir directamente en las sociedades latinoamericanas y desplazar a España y Portugal de sus posiciones imperiales privilegiadas.

Los siglos XVI, XVII y XVIII se caracterizaron por el desarrollo de tres procesos significativos para América, tanto en su condición interna como en sus relaciones con el mundo exterior. En primer término, se construyó una sociedad vertical, de marcada desigualdad social y económica con un fuerte componente de discriminación y de exclusión racial, cuya permanencia hasta el presente significa que las sociedades latinoamericanas, a pesar de la ruptura emancipadora (que de ninguna manera significó una revolución moderna semejante a las vividas en ambas costas del Atlántico norte), han postergado y obstaculizado su acceso a la plena modernidad, sin sufrir profundos y conflictivos cambios sociales y culturales. En segundo término, se fue formando a partir del siglo XVI un patrón de dominación colonial y de intervención foránea, que aún no ha sido superado, más bien se ha agudizado en las últimas décadas del siglo XX, como consecuencia de

la actual globalización. En tercer lugar, desde la época colonial, América Latina se integró al mundo como una región periférica de la “economía-mundo europea”.¹³

La primera conexión de América con el mundo fue fundamental en la configuración de su identidad cultural, marcada desde sus inicios por un vasto y profundo proceso de mestizaje biológico y cultural. La mezcla de razas: blanca, cobriza y negra, dio origen a un crisol de razas y, al mismo tiempo, a un sincretismo cultural-religioso intenso y determinante en la configuración del *ethos* cultural latinoamericano.

3.2 Segunda conexión

A comienzos del siglo XIX, en el marco de las revoluciones liberales, los principales grupos dominantes, terratenientes y comerciantes, lideraron el primer proceso de des-colonización de la región. Nuevos Estados se configuraron en la región latinoamericana y nuevos poderes políticos se constituyeron en la economía-mundo europea. Uno y otro proceso dieron inicio a la segunda conexión de América Latina con el mundo. Las élites de poder (oligarquías) de las nacientes repúblicas, aprovecharon la nueva expansión económica de la economía-mundo europea para renovar el pacto colonialista.

La economía mundo europea, desde 1750, había entrado en una nueva fase de expansión rompiendo los límites que se habían creado en el siglo XVI, y comenzaba a incorporar vastas zonas a la división efectiva del trabajo. El ritmo de esta expansión se aceleró y a finales del siglo XIX y principios del XX el mundo entero, incluso aquellas regiones que nunca habían formado parte del área externa de la economía mundo capitalista, fueron arrasadas a su interior. Las pautas de este proceso de incorporación al proceso ya existente de acumulación de capital quedaron establecidas en cuatro nuevas zonas: el subcontinente indio, el imperio otomano, el imperio ruso y África Occidental. La incorporación a la economía mundo capitalista, por lo general, nunca se produjo por iniciativa de los que eran incorporados; se derivó más bien de la necesidad interna de la economía mundo de expandir sus fronteras.

Sin embargo, el proceso de integración a la economía mundo industrial del siglo XIX, se combinó con las necesidades políticas sociales y políticas propias de

13. Según Immanuel Wallerstein (2003) definiendo los límites de la “economía-mundo europea”, señala que existen las economías periféricas y las economías externas. La periferia de una economía mundo es aquel sector geográfico de ella, en la cual la producción es primariamente de bienes de baja categoría (esto es, de bienes cuya mano de obra es peor remunerada), pero que es parte integrante del sistema global de la división mundial del trabajo, dado que las mercancías implicadas son esenciales para su desenvolvimiento. Mientras que las economías externas de una economía mundo están compuestas por aquellos otros sistemas económicos con los cuales una economía mundo dada mantiene algún tipo de relaciones comerciales, basadas primariamente en el intercambio de objetos preciosos, a lo que a veces se ha llamado “comercios ricos”. De acuerdo con esta definición la América Española y la Portuguesa estaban dentro de la economía-mundo europea.

las nuevas repúblicas latinoamericanas de consolidar sus nacientes estructuras de poder, lo que impulsó decisivamente, a las élites de poder y en el poder, a renovar el pacto colonial.

Este nuevo pacto neocolonial transformó a Latinoamérica en productora de materias primas para los centros de la nueva economía industrial, a la vez que los artículos de consumo alimenticio en las áreas metropolitanas, la hicieron consumidora de la producción industrial de estas áreas.

Las nuevas funciones de América Latina en la economía mundial fueron facilitadas por la adopción de políticas librecambistas. El librecambio fue la fe común de dirigentes políticos y sectores dominantes locales durante el siglo XIX. El proyecto oligárquico, como lo han demostrado Marcelo Carmagnani (1984) y Waldo Ansaldi (2012) entre otros, fue esencialmente, extractivo primario-exportador, librecambista. Este proyecto es muy semejante al nuevo extractivismo primario exportador actual. Sin embargo, estas élites fueron incapaces de imponer en defensa de intereses nacionales concretos y, especialmente, de los intereses de los pueblos que constituyen las nuevas naciones.

En todo caso, ese librecambismo oligárquico fue un factor de aceleración del proceso de modernización que comenzaba a manifestarse en América Latina. Las transformaciones sociales impulsadas por la modernización oligárquica trajeron nuevas divisiones sociales; la emergencia de nuevos actores sociales y económicos y nuevas conflictividades políticas, sociales y culturales. El proceso de modernización, hacia fines del siglo XIX, fue más rápido, pero estuvo acompañado de crisis de intensidad creciente. En verdad, desde las primeras etapas de su afirmación, el nuevo orden global [orden neocolonial, lo denomina Tulio Halperin Donghi (1986)] parece revelar los límites de sus logros.

Al mismo tiempo que se consolidaba, el nuevo pacto colonial comenzaba a modificarse a favor de las metrópolis. La distribución de tareas entre ellas y las clases dominantes locales (que había comenzado por asignar a estas últimas, en casi todos los casos, la producción primaria y a las primeras, la comercialización), aun allí donde se mantiene, adquirió un sentido nuevo gracias a la organización cada vez menos libre de los mercados, facilitada por los transformaciones técnicas, pero vinculada sobre todo con la de las estructuras financieras.

Con todo, hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, el debilitamiento de las élites dominantes, especialmente terratenientes y mercaderes que habían conducido el proceso de modernización oligárquica ante los agentes comerciales y financieros metropolitanos, se agudizó por el surgimiento (con intensidad variable según los casos) por un lado, de los sectores medios urbanos cada vez más exigentes y, por otro, por las exigencias de los sectores de trabajadores incorporados a formas de actividad económica modernizadas. Esto dio lugar a un intenso

proceso de democratización política de algunas sociedades latinoamericanas, el cual se desarrolló dentro del marco del orden neocolonial y se impulsó por tendencias que no se oponían de modo militante a la persistencia de este orden. Por eso mismo, las exigencias y experiencias democráticas serían profundamente afectadas (al igual que las oligarquías) por la crisis de 1930, que reveló, bruscamente, tanto el agotamiento del pacto neocolonial como del orden global fundado en la primacía del imperialismo británico al interior de la economía mundo-europea.

3.3 Tercera y cuarta conexión: la norteamericanización de Suramérica

Desde 1880 se abrió en América Latina y en el orden económico internacional, la etapa del imperialismo, basado en el monopolismo, la hegemonía del sector financiero sobre los demás sectores, y por la rivalidad acentuada por la captación de mercados de capital y fuentes de materias primas, para apoyar la segunda fase de la revolución industrial. En ésta, nuevos centros de poder, tales como Alemania, Estados Unidos, Japón e Italia, se colocaron al lado de los imperios capitalistas de la economía-mundo europea tradicionales (Inglaterra y Francia) y compitieron con ellos por el control sobre los mercados y los recursos de América Latina y del resto del mundo. Sobre todo la influencia económica y política de los Estados Unidos comenzó a desplazar y a sustituir la de Inglaterra a partir de 1880.

El vertiginoso crecimiento del capitalismo norteamericano (rudo, de lucha a muerte entre empresarios) produjo la exaltación de impulsos agresivos. Los norteamericanos se sintieron dirigentes de un pueblo elegido, portadores y ejecutores del “Destino Manifiesto” que impulsaba a Estados Unidos hacia la jefatura de las naciones y al imperialismo.¹⁴ La conquista del Oeste no terminó en el litoral del Pacífico, California y Oregón. Continuó más allá, a través del océano, hacia Japón y China. Del suroeste la marcha siguió hacia México, Centroamérica y toda América Latina. Los monopolistas triunfantes miraron más allá de las fronteras de su propio país, y sus ideas expansionistas influyeron en la política de Washington y en el pensamiento de las masas, educadas en el espíritu del Destino Manifiesto y de la Doctrina Monroe, interpretada como un llamado, para que los Estados Unidos asumieran la protección y el control de las naciones más débiles.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX los norteamericanos iniciaron la “conquista de América Latina” y el desplazamiento de los intereses británicos y franceses de la región. Se puede sostener que entre 1880 y 1932 Estados Unidos logró instalar su influencia económica y política en la zona inmediatamente cercana a sus fronteras, y crear un espacio de control político y militar de plena intervención o de intervención directa en Centroamérica y el Caribe.

14. Véase a Héctor Vega (2010); David Harvey (2007).

La instalación del imperialismo norteamericano reforzó el proceso de americanización de la cultura latinoamericana iniciado a comienzos del siglo XX.¹⁵ Por tal se entiende “la gradual adopción a lo largo del tiempo de los modelos de producción, consumo y hábitat prevalecientes en los Estados Unidos de América, por parte de los demás países” (Barjot, 2003:15) Indudablemente, se trata de un proceso complejo y de gran amplitud, que pone en juego gran variedad de dimensiones: científicas y tecnológicas, económicas y financieras, sociales, políticas y culturales.

Según Dominique Barjot, el punto de partida de este proceso se puede ubicar entre los años 1870 y 1880, cuando Estados Unidos se constituyó en el modelo de referencia para las distintas sociedades integrantes de la economía mundo europea. La Segunda Guerra Mundial sirvió para demostrar la superioridad del modelo americano, colocando a este país en liderazgo mundial, hasta el día de hoy, a pesar de su aparente decadencia actual. Los distintos aspectos comprendidos en este proceso se pueden agrupar en tres grandes campos temáticos.

- 1) Los flujos de intercambio y su impacto en la americanización: flujos humanos (migraciones internacionales), de bienes (comercio) y de capital (inversiones), pero igualmente, los vinculados con la revolución informática (a través de los nuevos medios y tecnologías de la información).
- 2) La difusión del modelo americano: el ascenso de la gran corporación multidivisional, así como el modelo de consumo masivo (con el crecimiento de la publicidad, el *marketing* y las técnicas de comercialización en gran escala), y la emulación de los niveles de productividad norteamericanos.
- 3) La prevalencia o competencia de otros modelos: europeización (ya sea bajo el signo de Alemania, de Francia o de Italia), japonización (el *toyotismo*) y aun también, antes de 1989, la soviétización (Barjot, 2003, p.16-17).

A lo largo del tiempo, la americanización engendró un cierto número de oposiciones y resistencias desde los primeros tiempos hasta la actualidad. Sin embargo, el proyecto de americanización es, sin lugar a dudas, más amplio y complejo. En el plano de la cultura implicó la acelerada incorporación de las masas urbanas latinoamericanas a la *american way of life*. El estilo de vida norteamericano se transformó en un referente para el comportamiento moderno, tanto de las élites latinoamericanas como de los sectores medios urbanos, que desde las décadas de 1920 y 1930, en adelante, asumieron que para ser “modernos” debían seguir las pautas de consumo y de comportamiento social-cultural desarrollados por los estadounidenses.

15. Sobre el proceso de “americanización” de las sociedades latinoamericanas a lo largo del siglo pasado se puede consultar la excelente compilación de Barbero, María I. y Andrés M. Regalsky (2003).

Para el sociólogo chileno Eugenio Tironi (2005), el verdadero cambio de Chile ya se produjo y tiene relación con un giro dramático hacia lo que podríamos llamar el “paradigma norteamericano”, pues Estados Unidos ha sido la gran fuente de inspiración del modelo de modernización liberal aplicado no sólo en Chile sino en toda América Latina, en las últimas décadas.

Al adoptar el modelo de modernización estadounidense, la sociedad chilena quebró la tendencia latinoamericana de conectarse con Europa, pero no sólo eso sino también, algo mucho más profundo y significativo para la sociedad latinoamericana en general: fragmentó la identidad cultural latinoamericana. Por esta razón, para Tironi (aunque él no es el único en plantearlo), América Latina debe re-inventar su identidad cultural.

Como es conocido, el ajuste estructural neoliberal¹⁶ en América Latina ha consistido en la desestructuración de la modernización industrial, expresado en: la apertura o liberalización de los mercados externos; el fin de la planificación e intervención económica por parte del Estado; el desplazamiento de la política por el mercado; el fin del Estado social y su reemplazo por el Estado subsidiario o por el Estado regulador; el fin de las políticas sociales de cobertura nacional y su reemplazo por políticas sociales focalizadas en grupos vulnerables o en riesgo social; la transformación de los obreros en ciudadanos; el paso de la seguridad y protección social, económica y laboral a la desprotección social y económica, a la inseguridad y flexibilización laboral, entre otros.

La neoliberalización de las sociedades latinoamericanas, producto de estas dos últimas conexiones, implicó su integración total y completa, sin mayores obstáculos, a la sociedad neoliberal del riesgo.

4 DE LA GLOBALIZACIÓN DEL RIESGO NEOLIBERAL AL “BUEN VIVIR”

Según Víctor M. Toledo (2003:31-36), “Vivir es peligroso”, citando a Riobaldo, el personaje central de la novela de Guimarães Rosa, *Grande Sertão: Veredas*, una de las obras maestras de la literatura brasileña. Y nunca una frase dicha desde uno de los tantos rincones olvidados de las áreas rurales del mundo subdesarrollado (el seco nordeste brasileño), ha adquirido tanto significado para tanta gente en tan poco tiempo. El 11 de septiembre de 2001 pasará a la historia como la fecha en que el proceso de universalización de la “sociedad del riesgo”, el término creado por Ulrich Beck (1998), en su despiadado análisis de la civilización industrial contemporánea, cerró su ciclo. Hoy, junto a las mercancías y las informaciones ya

16. La modernización neoliberal nacional, por otro lado, ha coincidido con otros procesos históricos que la informan, la sustentan, la dinamizan y la influyen de distintas maneras, proporcionándole una consistente complejidad histórica. En efecto, el influjo y encanto del pensamiento posmoderno; el impacto de la cuatro “ies”, que constituyen la globalización: inversiones de capital en red, información en internet, industria fragmentada e individuo global consumidor (Ohmae, 1990).

globalizadas, es decir, distribuidas por todos los rincones del mundo, se ha esparcido un nuevo producto: el riesgo. “Todo lo que se gana de poder por medio del llamado progreso técnico y económico – afirma Beck – se ve eclipsado cada vez más por la producción de riesgos”. Y estas inseguridades y peligros no aparecen espontáneamente. Proviene de las dos principales irracionalidades que hoy padece el mundo contemporáneo: la dilapidación de la naturaleza (crisis ecológica) y la explotación y marginación de miles de millones de seres humanos (crisis social) (Toledo: 2003:31).

La globalización neoliberal del riesgo nos viene a recordar que el mundo, que el espacio social mundializado, ya es sólo uno, de la misma manera que la sociedad y la naturaleza no son ya sino las dos caras o los dos componentes de un mismo proceso.

Esta globalización de la inseguridad, la cual ha seguido un camino ascendente en las últimas décadas, cobra sentido en dos vertientes: en su dimensión ecológica, a través de los nuevos fenómenos de escala global, tales como la destrucción de la capa de ozono, el incremento de las temperaturas y sus potenciales consecuencias (como la subida del nivel del mar por el derretimiento de los cascos polares), el incremento en el número y la intensidad de los huracanes, y la proliferación incontrolada de la contaminación del agua, las costas, el aire y los alimentos.

En su vertiente social, el mundo se fue haciendo cada vez más peligroso en tanto la injusticia, la marginación y la desigualdad se multiplicaban a la par del incremento demográfico de las mayorías. Frente a las evidencias de la globalización, especialmente, de los efectos de la doble crisis (ecológica y social), ya cada vez menos podrán ignorar, soslayar o negar que todos nos hemos vuelto “ciudadanos globales”. Es decir, que lo que afecta a un sector o a una esfera de la sociedad globalizada repercute en el resto y viceversa. La estrecha interdependencia que la ecología política reveló entre los fenómenos sociales y los de la naturaleza, también ha comenzado a confirmarse, por una u otra vía, entre los diversos sectores del conglomerado humano. La lección capital del mundo globalizado es que más allá de lo que cada uno piense, crea o sienta, existe una identidad y un destino común.

Tal como afirma Toledo, avanzamos entonces hacia una responsabilidad globalmente compartida y por lo mismo hacia la necesidad de encontrar con urgencia una ética de la solidaridad y de la supervivencia. Y más nos vale, porque si vivir el hoy es peligroso, la perspectiva futura no resulta nada halagüeña: cada vez menos ciudadanos lograrán evadir esta terrible circunstancia.

Tal vez, la propuesta del buen vivir, sugerida por bolivianos y ecuatorianos sea un respuesta posible.

5 LA CRISIS FINANCIERA DEL CAPITALISMO GLOBAL NEOLIBERAL ¿QUÉ ESTADO?

Cuando se habla de crisis del capital es necesario precisar, señala José Sánchez Parga (2009, p.115), si el capitalismo está en crisis, o si la crisis es producida por el capital. La diferencia es teórica y políticamente fundamental. En el primer caso, habría que preguntarse qué o quién pone en crisis al capital; en el segundo, se trata, según Marx, de crisis necesarias, producidas por el capital en su progresivo desarrollo, que el mismo capital resuelve, y de las cuales sale fortalecido. De hecho, la profunda transformación neoliberal del Estado de las tres últimas décadas se inició a raíz de una crisis de acumulación capitalista, a la que hemos hecho referencia en páginas anteriores. El capital encontró una doble solución: el aumento de las tasas de interés y la libre circulación de capitales, que produjeron una total desregulación de los mercados financieros, dando inicio a un nuevo ciclo financiero del capital.¹⁷

Esta solución, asestó el golpe de gracia a lo que había sido el Estado fordista e inauguró la soberanía del mercado sobre la del Estado. Al cabo de tres décadas, el modelo capitalista neoliberal entró en crisis. Nuevamente, preguntamos, parafraseando a Sánchez Parga, ¿cómo saber si es el capital el que está en crisis o si se trata de una crisis producida por el mismo capital, una crisis *del* capital? La respuesta puede buscarse a partir de un criterio tan obvio como decisivo: preguntarse si es el capital el que resuelve su crisis y, en términos más precisos, si es en razón de los intereses de reproducción del modelo capitalista, de sus lógicas y sus fuerzas, que la crisis se resuelve.

Poco importa quiénes toman las medidas para resolver la crisis e implementan nuevos procedimientos para garantizar un mejor desarrollo del capital, más «transparente» y menos «salvaje». Resultaría ingenuo pensar que los Estados y los políticos están resolviendo políticamente la actual crisis financiera del capital. En realidad, pretenden resolverla económicamente, con procedimientos policiales, de gendarmería administrativa y legal, de control y supervisión, de una cierta regulación, pero sin tocar los grandes tabús: la libertad de los mercados, el crecimiento económico (no el productivo sino el financiero) y el secreto bancario.

17. Sobre este tema se han escrito diversos e interesantes artículos y capítulos de libros, originados en diferentes encuentros organizados para la discusión sobre la crisis. Como referencia, véase Jaime Estay, Claudio Lara y Consuelo Silva, (editores) (2012), *El neoliberalismo y sus crisis. Causas, escenarios y posibles desenvolvimientos*, Heinrich Boll Stiftung-Editorial UARCIS. En este libro se presentan interesantes debates respecto a la crisis y sus orígenes o causas, se da el debate respecto a los temas del modelo productivo y desarrollo; se analizan los escenarios sociopolíticos latinoamericanos y la profundidad que adquirió el neoliberalismo en cada uno de ellos y se realizan balances respecto al impacto de la crisis en las economías latinoamericanas, entre otros temas. Puede consultarse también, *La crisis capitalista y sus alternativas. Una mirada desde América Latina*, coordinado por Julio Gambina (2010), en donde se agrupan interesantes trabajos de académicos como Theotonio Dos Santos, Claudio Katz, Orlando Caputo, Claudio Lara, Antonio Elías, entre otros. El este texto se analizan temas como la crisis y sus alternativas, sus diferentes dimensiones, y especialmente, en una tercera parte, la crisis en perspectiva latinoamericana.

¿La frenética movilización del Estado en todo el mundo ante el desencadenamiento de la crisis, la precipitada, imponente y mediática actuación de los jefes de gobierno para concertar decisiones, implementar programas, adoptar medidas de casi todo tipo, podrían sugerir un retorno del Estado? Nada más ilusorio. Detrás de tantas declaraciones, se está frente a una fragilización del Estado. Sería ilusorio pensar:

- a) que los desenfrenos y las transgresiones de los mercados fueron accidentales y ocasionales; y
- b) que las medidas adoptadas por los Estados pueden regular y controlar a los mercados sin afectar el modelo de desarrollo capitalista. La razón es obvia: el modo de producción capitalista no permite conservar su capital sin su crecimiento ilimitado, y éste no puede continuar aumentando si no es por su acumulación progresiva; y tal empoderamiento del capital tiene en sí mismo efectos políticos.

La contradicción entre la soberanía de los Estados y la soberanía de los mercados, no está en juego en la actual crisis. Puesto que la segunda, se impuso a la primera hace ya tres décadas. Tengamos presente que «libre mercado» significa que el mercado se encuentra libre de todo vínculo, control y regulación; «librado» a su propia lógica y dinámica, al desenfreno ilimitado de los beneficios y las ganancias.

Otra de las pretensiones del capital es refundar el sistema financiero para hacer transparentes los mercados. Sin embargo, la «intransparencia» del capital y del mercado es tan necesaria para su funcionamiento como la simulación de ganancias, y la disimulación de las pérdidas son necesarias para las empresas y los bancos. Buena parte del contingente financiero es producto de la evasión fiscal, de dineros sucios y de redes mafiosas, de la corrupción política de dictadores y gobernantes.

En las crisis es cuando mejor se manifiestan el poder del capital y la debilidad actual del Estado. Nunca antes fue necesario que las fuerzas del capital y los actores económicos intervinieran para resolver su propia crisis; son los poderes políticos los que actúan, pero de acuerdo con la lógica y los intereses del mismo capital. Esto muestra no sólo el nivel de consolidación del capital sino, sobre todo, el grado de precarización del Estado. Nunca antes había logrado el desarrollo capitalista privatizar las ganancias en tan pocos y socializar las pérdidas en tantos millones de personas. La actual crisis contribuye a confundir a gobernantes y Estados, obligando a los más neoliberales a tomar medidas *pseudo* redistributivas y *pseudo* proteccionistas, y a las izquierdas a aferrarse al consumo (en definitiva, al mercado) y al mismo crecimiento económico.

En este contexto de reforzamiento y relegitimación del capital, la idea más repetida (no por los actores económicos ni por los agentes del mercado, sino por los políticos y gobernantes) cobra sentido: la confianza. Devolver y restituir la confianza a los bancos, al sistema financiero, a los mercados (es decir, al modelo capitalista concentrador y acumulador de riqueza) sería la clave. En ningún momento los dirigentes políticos ligados al capital han hablado de devolver la confianza al Estado, a las instituciones democráticas y sus gobiernos, sino de la necesidad de volver a confiar en las bolsas, los bancos, el consumo, los mercados y los créditos. La confianza es una cualidad subjetiva y emocional, producto de la convivencia, «una hipótesis sobre la conducta futura del otro», pero no constituye un vínculo social. Por eso, ¿cómo se justifica y se logra la confianza en una sociedad sin vínculos sociales ni cohesión interna, regida por la competitividad, los riesgos e inseguridades y la opacidad de las transacciones mercantiles? (Sánchez Parga, 2009:118)

Desde el inicio de la crisis, los gobiernos adoptaron tres grandes series de medidas económicas: reforzar el sistema financiero, reforzar el sistema productivo-empresarial, e impulsar la capacidad de compra y consumo de los ciudadanos. Ninguna de ellas comporta el empoderamiento político. Y las políticas redistributivas, ya sea las emprendidas por los gobiernos contra neoliberales antes de la crisis, de ninguna manera significan una vuelta al Estado keynesiano-desarrollista. Nunca la redistribución del Estado es real y efectiva, si el modo de producción de riqueza no es por sí mismo distributivo. Mientras el modo de producción del capital, dominado por su lógica financiera contra la economía productiva, siga basado en la concentración y acumulación de riqueza, la posibilidad de distribución estará excluida. En este contexto, las políticas y los programas redistributivos del Estado alimentan ese modelo capitalista y, probablemente, hacen que los pobres puedan consumir más y se integren mejor al mercado, pero sin dejar de empobrecerse. En suma, las reformas adoptadas aseguran tanto la reproducción del capitalismo como el debilitamiento de los Estados y el nuevo empoderamiento de un mercado, que se revela tan indestructible, como devastador del medio ambiente y de la misma sociedad.

Ante este panorama, los teóricos de la frontera, principalmente Grimson (2002), Russ Castronovo (2003), Michaelsen y Johnson (2003) y Pablo Vila (2000), argumentan que la globalización transformó la sociedad y que, necesariamente, las Ciencias Sociales deben impulsar un giro epistemológico en sus análisis teóricos y reelaborar los conceptos de sujeto social, historia, cultura, territorio, Estado, fronteras, límites y márgenes. (Podestá, 2007:126-127).

Entre sus principales supuestos teóricos plantean que la globalización incentiva procesos de integración transfronteriza y que, como consecuencia, se acabó la “pureza cultural” y el mundo actual se caracteriza por el entrecruzamiento de

problemas, enfoques, prácticas y posibilidades cognitivas y comunicacionales. Al respecto, Russ Castronovo (2003) sostiene que el siglo XXI supondrá un reordenamiento en los análisis, en el que, por ejemplo, el concepto de frontera habrá de entenderse como una línea o límite que separa fenómenos diferentes, pero que entre sus límites transitan identidades culturales, situaciones étnicas, literarias, sexuales, lingüísticas, políticas y económicas.

Al respecto, Pablo Vila (2000:102) sostiene que...“*La metáfora de la frontera es usada para dar cuenta de cualquier tipo de situación en que la idea de límite esté presente, esto es, cualquier espacio físico o psíquico sobre el cual se puedan puntualizar problemas de límites: fronteras entre países, grupos étnicos, géneros, disciplinas académicas, etc.*”. En tal sentido, las fronteras tendrían múltiples planos de análisis: territoriales, raciales, de género, literarios, políticos, militares, de identidades, agrícolas, de ciudadanía. Además, este enfoque sostiene la tesis de que las fronteras no sólo se deben asociar con espacios materiales y territoriales, militares y policiales, políticos y administrativos, dispositivos de seguridad, murallas y alambradas, ni se reducen a las aduanas, flujos migratorios o contactos entre gobiernos o Estados.

Las fronteras también tienen relación con hechos simbólicos, identidades, nacionalismos, esencialismos culturales, multiculturalismos, micro y macro relatos históricos, símbolos, textos, música, literatura, objetos que viajan, vínculos, dinámicas y experiencias compartidas. Las fronteras son evidentes zonas de contacto social, cruce y diálogo cultural, aunque también son espacios de conflicto, estigmatización de desigualdades y reproductoras de rencillas históricas, sujetas a las influencias de sus propios Estados y de los Estados.

Pablo Vila señala que las fronteras (de cualquier tipo) son constitutivas de la vida en sociedad, puesto que no puede vivirse fuera del espacio y/o de los criterios de clasificación social y cultural. Además, se cuestiona la potencialidad articuladora de la globalización, ya que abolir las fronteras aduaneras no significa, en modo alguno, el fin de las fronteras simbólicas de la nacionalidad o de las culturas. En la misma línea argumental, hoy no vivimos en un mundo de culturas singulares y en el que la condición cultural será siempre fronteriza, ya que traspasar un territorio siempre será un doble fenómeno: por una parte, un acto administrativo, político, migracional e incluso participativo (en conflictos de cualquier orden), pero, por otra, un fenómeno de movilización cultural. De tal manera, el concepto frontera no puede tener un sentido unívoco.

Respecto a la situación de América Latina, cuatro hechos son relevantes a la hora del análisis. Primero, la multiplicidad de fronteras existentes, y los tipos de conflictos que allí se desarrollan, deben entenderse en el marco de un Estado que se ha ido retirando de sus funciones de seguridad y protección social, y reaparece desempeñando roles asociados al control, administración y regulación de zonas

fronterizas. Segundo, la neoliberalización o internacionalización de la economía ha reconfigurado las políticas exteriores de los Estados nacionales, y los ha presionado para participar en bloques o acuerdos comerciales multilaterales y, además, a recurrir permanentemente a organismos internacionales en la resolución de controversias. Los discursos oficiales y no oficiales en América Latina anuncian la disolución de las fronteras, principalmente por los proyectos como el Mercosur (Mercado Común del Sur) y/o los acuerdos de libre comercio. Pero en el plano de la sociedad y la cultura hay un reforzamiento de los controles fronterizos y aduaneros, situación contradictoria con los discursos públicos. De la misma manera, los conflictos en áreas fronterizas obstaculizan la acción de los Estados vecinos hacia la consolidación de sentimientos de nacionalidad abiertos y flexibles, complementarios y amistosos; la situación cultural en zonas fronterizas presenta serias dificultades para generar síntesis culturales (Podestá, 2007, p. 128).

El análisis de las fronteras, al menos en la dimensión política, constata que de ambos lados los actores sociales reclaman contra sus respectivos centralismos y estrechan vínculos con sus correspondientes comunidades vecinas, ya que requieren de ellas para sobrevivir. La paradoja es que este tipo de comunidades ordena sus idearios de manera muy especial, y hay que diferenciar a los actores sociales entre “cruzadores de fronteras”, es decir, sujetos híbridos culturalmente, *versus* “reforzadores de frontera”, caracterizados por el nacionalismo y las conductas xenofóbicas. Este enfoque sostiene que una adecuada forma de entender los fenómenos fronterizos, sean políticos o culturales, es mirando hacia ambos lados de la frontera, los cuales constituyen un solo sistema social donde no hay, necesariamente, identidades compartidas, sino que se trata de zonas plagadas de tensiones, conflictos y problemas. Esta situación no debe ser vista como un hecho anómalo y debe ser estudiada en forma interdisciplinaria.

Otro tema es el análisis de las identidades culturales en la globalización. El supuesto principal de los teóricos de la frontera es que la abolición de las fronteras sería un hecho irreversible. Sin embargo, la vida de las sociedades neoliberales se caracteriza por la contradicción entre los niveles de integración social y homogeneización socio-económica de la población y la fragmentación de la vida cotidiana. Las transformaciones originadas por el impacto de la globalización parecen estar acentuando las diferencias con mayor fuerza que antes, principalmente por la búsqueda de los sujetos en torno a definiciones del nosotros, nos-otros y los otros. Es decir, definirse por sus propias cualidades, pero también por oposición y diferencia de los sujetos que son distintos. Así, las sociedades en general, y particularmente las comunidades que viven en situaciones fronterizas, tienen estrategias de sobrevivencia donde prima la noción de “conjunto instrumental de identidad” (Podestá, 2009:128), la que les permite adoptar múltiples identificaciones para resolver contradicciones propias de contextos fronterizos.

Por último, Michaelsen y Johnson (2003, p. 54) sostienen que el desafío más importante es construir un nuevo discurso que permita entender la dinámica de la globalización en escenarios específicos y/o en culturas particulares. Para tal efecto, hay que superar las fronteras nacionales y evitar los “discursos históricos que son verdaderos sistemas cerrados” y refuerzan la noción de frontera como límite material, cargándolos de sentido nacionalista, que lo único que hacen es reforzar la frontera como instrumento de exclusión, de separación, transformándolas en obstáculos para la integración de pueblos que habitan una región determinada como por ejemplo, la suramericana. El nacionalismo fronterizo es un límite político y administrativo para la integración.

Por ello se deben desarrollar estrategias para que la región se integre a partir de las especificidades de la economía y cultura de cada uno de sus países. El drama contemporáneo es que la inserción de Latinoamérica en la globalización se hace sobre la base de perder lo propio, tanto material como cultural.

Esto último tiene relación, también, con los procesos de modernización frustrados de los países de Latinoamérica. A este respecto, el tema se centra en la antigua, pero no menos actual tesis que sostiene que históricamente América Latina ha realizado múltiples intentos por modernizar sus economías y culturas, procesos que finalmente se han interrumpido, siendo ejemplos de ello, los distintos intentos de industrialización y/o apertura al comercio exterior, particularmente hoy, en el marco de la construcción de nuevos Estados plurinacionales de carácter social y protección ciudadana y, sobre todo, de participación. El tema parece concentrarse en la posibilidad de armonizar proyectos de otra modernización de los países, con la virtualidad de la globalización capitalista en desarrollo y en crisis. En esto último se encierran los principales desafíos políticos, que implican pensar nuevas formas de integración para la región.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ROJAS, A.; ANTONIO, C. **Para comprender el mundo actual:** una gramática de larga duración. Buenos Aires: Prohistoria Ediciones, 2005.
- ALEGRÍA, C. **El mundo es ancho y ajeno.** Caracas: Editorial Ayacucho, 1978.
- ANSALDI, W.; GIORDANO, V. **América Latina:** la construcción del orden. t. I-II. Buenos Aires: Editorial Ariel, 2012.
- ARDITI, B. **¿Democracia post-liberal?** El espacio político de las asociaciones. España: Anthropos-UNAM, 2005.
- ARRIGHI, G. **El Largo siglo XX.** Madrid: AKAL Ediciones, 1999.
- ARRIGHI, G.; BERVERLY, J. S. **Caos y orden en el sistema-mundo moderno.** Madrid: AKAL Ediciones, 1999.

BARBERO, M. I. ; REGALSKY, A. M. (Eds.). **Americanización – Estados Unidos y América Latina en el siglo XX**: transferencias económicas, tecnológicas y culturales. Buenos Aires: EDUNTREF, 2003.

BARJOT, D. Americanización : transferencias culturales en la esfera económica en el siglo XX. In: BARBERO, M. I.; REGALSKY, A. M. (Eds.). **Americanización – Estados Unidos y América Latina en el siglo XX**: transferencias económicas, tecnológicas y culturales. Buenos Aires: EDUNTREF, 2003. p.15-38.

BAUDRILLARD, J. **Pour une critique de l'économie politique du signe**. Paris: Gallimard, 1972.

BECK, U. **La sociedad del riesgo**: hacia una nueva modernidad. Barcelona: Paidós, 1998.

BOERSNER, D. **Relaciones Internacionales de América latina**. Caracas: Breve Historia, 1996.

CARMAGNANI, M. **Estado y Sociedad en América Latina, 1830-1950**. Barcelona: Editorial Crítica, 1984.

CASTELLS, M. **La era de la información**: la sociedad red. México: Siglo XXI editores, 2002. v. 1.

COLECTIVO de Autores el derrumbe del modelo eurosoviético: visión desde Cuba. ed. 3. Cuba: Editorial Félix Varela, 1996.

DÍAZ MARTÍNEZ, K. Las vías de integración regional: ¿UNASUR y o diplomacia de los pueblos? Participación popular en las relaciones internacionales. **América Latina 10**: Revista del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos en América Latina, Santiago de Chile, 2º Semestre, p. 227-262, 2010.

EAGLETON, T. **Por qué Marx tenía razón**. Barcelona: Península, 2011.

ESTAY, J.; LARA, C.; SILVA, C. (Eds.). **El neoliberalismo y sus crisis**: causas, escenarios y posibles desenvolvimientos. Santiago de Chile: Heinrich Boll Stiftung-Editorial ARCIS, 2012.

FUKUYAMA, F. **El Fin de la historia y el último hombre**. Barcelona: Ediciones B, 1991.

GAMBINA, J. **La crisis capitalista y sus alternativas**: una mirada desde América Latina. Buenos Aires: CLACSO, 2010.

GIDDENS, A. **Un mundo desbocado**: los efectos de la globalización en nuestras vidas. Barcelona: Editorial Tusquets, 1995.

GRIMSON, A. **Fronteras, naciones e identidades**: la periferia como centro. Buenos Aires: Ediciones CICCUS-La Crujía, 2002.

- GUIMARÃES, R. J. **Gran Sertón**: Veredas. España: Alianza Editorial, 1999.
- HALPERIN D. T. **Historia contemporánea de América Latina**. España: Alianza Editorial, 1986.
- HARVEY, D. **El nuevo imperialismo**. Madrid: AKAL Ediciones, 2007.
- HELD, D. *et al.* **Transformaciones globales**: política, economía y cultura. México: OXFORD; University Press, 2002.
- HOBBSBAWN, E. **Historia del siglo XX**. Argentina: Editorial Crítica, 1998.
- MARX, C.; ENGELS, F. **Manifiesto del Partido Comunista**. Moscú: Editorial Progreso, 1970.
- MARX, C. **El capital**: crítica a la economía política. México: FCE, 1999.
- MICHAELSEN, S.; JOHNSON, D. **Teoría de la frontera**: los límites de la política cultural. Barcelona: GEDISA, 2003.
- NEGRI, A.; HARDT, M. **Imperio**. Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- OHMAE, K. **El fin de Estado-Nación**. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1995.
- PODESTÁ, J. Globalización, mercado, modernismo: los debates latinoamericanos. **European review of Latin American and Caribbean studies** 83, Amsterdam, 2007.
- RUSS C. Narrativas comprometidas a lo largo de la frontera: la línea Masson-Dixon. La resistencia y la hegemonía. p. 203-227. *In*: MICHAELSEN, S.; JOHNSON, D. **Teoría de la Frontera; Los límites de la política cultural**. Barcelona: GEDISA, 2003.
- SÁNCHEZ, P. J. El Estado del estado en la actual sociedad de mercado. **Revista nueva sociedad**, Caracas, n. 221, mayo-jun, p. 100-119, 2009.
- SENPLADES – SECRETARÍA NACIONAL DE PLANIFICACIÓN Y DESARROLLO. **Los nuevos retos de América Latina**: socialismo y Sumak Kawsay. Ecuador: Quito, 2010.
- TEZANOS, J. F. **La democracia incompleta**: el futuro de la democracia postliberal. España: Biblioteca Nueva, 2002.
- TIRONI, E. **El sueño chileno**: comunidad, familia y Nación. Santiago: Aguilar, 2005.
- TOLEDO, V. M. **Ecología, espiritualidad y conocimiento**: de la sociedad del riesgo a la sociedad sustentable. México: Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente/ Universidad Iberoamericana, 2003.

UGARTECHE, O. **América Latina en la economía global**. Caracas: Fundación Friedrich Ebert-Fes (Perú)/Nueva Sociedad, 1997.

VEGA, H. **La fortaleza americana**: militarización y política en la región andina. [s.l.]: ARCIS-CLACSO, 2010.

VILA, P. La teoría de frontera versión norteamericana, una crítica desde la etnografía. *In*: GRIMSON, A. **Fronteras, naciones e identidades**: la periferia como centro. Buenos Aires: Ediciones CICCUS-La Crujía, 2000. p. 99-120.

WALLERSTEIN, I. **El moderno sistema mundial**: la segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850. México: Siglo XXI, 2003.